

*UNA CORRIDA EN BARCELONA,
A MEDIADOS DEL SIGLO XIX,
A TRAVÉS DE UN VIAJERO ALEMÁN*

Carlos Martínez Shaw*



n 1854 el científico alemán Emil Adolf Rossmässler, famoso por sus contribuciones a la historia natural y por sus actividades políticas a favor de la democracia y del primer socialismo, realizó un viaje por tierras hispanas, subvencionado por unos patrocinadores ingleses. Además de los materiales recogidos y analizados en el transcurso de su expedición, el naturalista de Leipzig nos dejó una relación de sus impresiones sobre España, donde hace gala de una mirada profunda y de una gran capacidad de observación y espíritu crítico. Son sus *Reiseerinnerungen aus Spanien*, que han sido recientemente publicados por Editorial Polifemo, con traducción y estudio preliminar a cargo de Irene Prüfer Leske: Emil Adolf Rossmässler: *Recuerdos de un viajero por España*, Madrid, 2010.

De estos recuerdos del científico germano nos interesa destacar aquí una larga descripción de una corrida de toros celebrada en Barcelona el 17 de julio de 1854, que nos permite descubrir el ambiente de la capital catalana y la actitud de su población ante la fiesta, mostrándonos por enésima vez una conducta en nada diferente de las observadas en muchas otras ciu-

* Fundación de Estudios Taurinos.

dades españolas en este momento cenital de consolidación de la corrida de toros de acuerdo con la normativización que acababa de reflejar por escrito en su *Tauromaquia Completa* Francisco Montes, *Paquiro*, menos de veinte años antes, en 1836. Por ello, antes de ofrecer unos breves comentarios sobre el relato, conviene reproducir el texto íntegro que, incluido entre las páginas 442 y 455 de la versión castellana, resulta ser un modelo de rigor y precisión.

CAPÍTULO XXI

«(...) Uno se puede olvidar fácilmente en Barcelona que se encuentra en una ciudad española; sin embargo, se le recuerda este hecho cuando, durante los meses de verano, utiliza un domingo en verificar que la corrida lo absorbe todo y pone desde la mañana temprano todo en movimiento.

Aunque me costó mucho convencimiento ir con mis amigos, no lamento ahora haberlo hecho. Indudablemente, queda un vacío en la caracterización del carácter nacional español cuando uno nunca ha visto una *corrida*. Creo no equivocarme al considerar, como prueba de la íntima unión de las *corridas* con el pueblo español, que Boix no cuenta entre la enumeración de las causas por actos criminales, a las corridas, porque temía quizás contradecir demasiado las simpatías del pueblo. Y a pesar de ello, estoy firmemente convencido de que las corridas deben tener una influencia muy negativa sobre el español, fácilmente irritable. Nunca me olvidaré del ambiente en el cual abandoné la Plaza de Toros.

También sé que describo algo que se ha hecho ya cientos de veces, A pesar de ello no me abstengo de describir el 17 de julio en Barcelona, un día totalmente absorbido por la *corrida*.

Cuando por la mañana llegué a la Rambla hallé, entre los paseantes, mucha gente que hasta a mis ojos inexpertos daban la impresión de no ser barceloneses. En todos los sitios se reconoce al pueblerino o pequeño ciudadano en una gran ciudad, se

distingue con facilidad al extraño sin ocupación del habitante que en un momento dado se encuentra sin su ocupación habitual. Era sobre todo el vistoso *sombrero calañés* que se ve raras veces en la cabeza del barcelonés y que se destacaba hoy sobremanera. Debajo de las columnas del Teatro del Liceo, en la parte superior de la Rambla, uno de los nueve *despachos de billetes* estaba destinado a la *corrida*; allí la gente entregaba sus *reales* brillantes para conseguir su deseado billete, ya que “no se admiten ni *cuartos* ni monedas que se deben pesar, sólo los lactantes no pagan entrada”. Varios muchachos ofrecían entre los transeúntes abanicos de *corrida*. Estos son palos de caña de una vara de largo aproximadamente, en cuyos extremos está fijado, como una bandera una hoja cuadrada que tiene impresa a ambos lados imágenes y versos malos, en su mayoría concernientes a la *corrida*. En todas las esquinas de las calles había carteles gigantescos con gran extensión explicativa y con una litografía que no era mala, de una escena de la lidia, invitando al espectáculo. Se podía leer que “Su Excelencia el Gobernador ordenará y presidirá la *Corrida*”, acto que en Madrid corresponde a veces a la Reina misma. Se debían matar ocho toros, cinco *de puntas* y tres *embolados*. En el papel se destacaba con especial importancia “que en esta capital estaba presente la compañía de hindúes y portugueses bajo la dirección de Francisco Rodríguez Alegría, que había obtenido enormes éxitos en Madrid y otras capitales del Reino y que las empresas no habían obviado costes para agradar al público contratando a éstos, aunque sea *por una sola vez*”. Después se indica la filiación de cada toro con el nombre de la *ganadería* y de la propiedad de ésta. Después siguen los nombres de los *espadas* –principales luchadores que nosotros llamamos generalmente de manera errónea *matador*- y los de los indios: Bautista el terrorífico de Jerusalén, Campos el Fuerte, súbdito del Rey del Congo, Benedicto el valiente de Brasil, Caneco el arrogante, el

hindú bravo, Francisco Tiburcio León, súbdito del rey de Julán y Caporal bravo de los indios Braganza Espumas.

Debajo de la enumeración de los actores atrevidos se podía leer la anotación nefasta: “En caso de que algún lidiador *se inutilizara* –por lesión o muerte– el público no tiene derecho a que sea sustituido por otro”.

El asiento más barato en la parte del sol costaba 5 *reales* y el más caro en el palco 60 *reales*, para nuestro grupito de 6 personas entonces 10 *reales*, y además por cada uno 9 *reales* de entrada. Por lo tanto, es una diversión muy cara.

Los carteles en los muros, aunque principalmente contenían todos los domingos lo mismo, encontraron a numerosos lectores en todos los sitios. La gente lee al menos los nombres de los toreros y busca entre ellos el preferido del pueblo. Mientras yo estaba con Arigo en Burriana nos enviaron desde Valencia uno de estos carteles enormes que anunciaban tres *corridos* que deberían tener lugar allí mismo una tras otra. Su contenido con las ilustraciones hubieran llenado más o menos un folio impreso.

Hacia las cuatro de la tarde nos fuimos, sin equivocar el camino, ya que se vertía una verdadera migración a través de la Puerta del Mar, hacia el arrabal de Barcelona a cuyo lado izquierdo se encontraba la Plaza de Toros, un simple anfiteatro redondo fabricado de tablones y vigas. Estaba envuelta en una nube de polvo transparente, pues las *tartanas*, el ómnibus y los carruajes elegantes ayudaban a la avalancha de infantería a levantar las profundidades de fino polvo. Los piquetes militares de a pie y a caballo recordaban que la revolución de 1835 había tenido su inicio en ese anfiteatro, por lo cual Barcelona tuvo que prescindir durante quince años de las *corridos*.

Con el corazón latiendo fuertemente penetré en la casa del maltrato, tenía la sensación de asistir a una ejecución. Pero cuando entré en el palco y tuve delante de mí con una sola vista el enorme anfiteatro, esta imagen impresionante deshizo por un

momento mis remordimientos morales. Mis ojos fueron cegados literalmente porque los abanicos de las mujeres y los plumeros de aire descritos en las manos de los hombres expandían sobre la multitud una flor de aire trémulo, como si el aire caliente de la chimenea de un alto horno fingiera meter en un movimiento tembloroso a la pared montañosa situada detrás. No vi personas individuales sino un mosaico de personas de miles de colores delante de mí.

El *redondel o arena* ocupa aproximadamente 60 pies de diámetro y es el centro del enorme edificio. Está cercado por una *barrera* de la altura de un hombre, detrás de la cual se halla un *callejón* de cuatro pies de ancho. Este pasillo es el refugio de los luchadores a caballo, que brincan como saltamontes por las altas barreras ante los ataques del toro a cada momento. Detrás del *callejón* se encuentra primero la *contrabarrera* y detrás de ella las filas de los asientos en terrazas ascendentes. Casi en todos los lugares hay dos filas de palcos anchos de los que conté más de 60. Frente al chiquero de los toros, del cual lleva una puerta a la arena, se halla el palco del Gobernador de la Provincia y en ángulo recto con estos dos puntos la orquesta y el portal para la entrada de la *cuadrilla*.

El momento del comienzo de la lucha había llegado. El público temblaba como sus abanicos ante las ansias del espantoso espectáculo y se libraba a través de sus gritos “¡Toros, toros!”. En inmenso contraste con ese júbilo hay un sacerdote que en este momento celebra todavía una misa con los luchadores, quizás para alguno de ellos la última, y el médico prepara sus instrumentos, vendas y tiritas.

Entonces suena el clarín esperado desde hace mucho tiempo. El portal se abre para la *cuadrilla*, la cual entra con paso solemne. Delante de ellos, dos *alguaciles* en traje negro de corte antiguo español a caballo. Conforman un grupo multicolor en traje pintoresco de la tradición española galonado de oro y plata y hecho

de terciopelo y seda. Detrás de los *alguaciles* vienen primero las ocho *capas* o *capoteros*, que también se llaman *chulillos* o *dies-tros*. Su única arma es una larga *capa* de seda de muchos colores que envuelve el brazo. Son sólo los ayudantes de los verdaderos luchadores, que conducen a los toros con sus capas o intentan desviarles cuando éstos se acercan demasiado a los toreros. Después de ellos siguen los tres *picadores* a caballo, con sombreros bajos de ala ancha, todavía sin su arma, su *pica* del largo de seis pies, con una punta de hierro corta que sobresale solamente por dos pulgadas de la madera de fresno sólida cortada de manera horizontal. A ellos les siguen los cuatro *banderilleros*, así llamados por la *banderilla*, una varilla decorada de papel de colores y cintas de un largo de tres pies con un garfio de hierro en la punta. Luego vienen los *espadas*, que llevan el nombre de su arma, la espada, en el brazo la *muleta*, un pañuelo rojo sangre que da importantes servicios en la lucha. Para todos estos luchadores diferentes sirve el nombre general de *torero* o *lidiador*. Todos llevan un tocado de pelo de caballo parecido a una peluca. Al lado de los españoles elegantes los indios morenos parecen aventureros en sus trajes fantásticos. Los portugueses en simples pantalones de Nanking y chaquetas rojas fueron conducidos por Don Francisco, que cabalgaba un magnífico caballo andaluz. Por último vinieron los *mozos* con sus perros, una raza gris ceniza de dogos fuertes con doble nariz. El final lo conformaban los mulos, ricamente decorados con borlas rojo sangre cuya función es retirar el toro liquidado. Con una profunda reverencia se paró la *cuadrilla* ante el *Gobernador*, que entregó la llave del *chiquero* a uno de los *alguaciles*. Éste se la dio a uno de los *mozos* y todo aquel que no estaba participando en ese momento en la lucha se apresuró para salvarse. Sólo quedaron en la arena los tres *picadores* y los *capoteros*. Aquellos se emplazaron encima de sus miserables rocines viejos, a la izquierda del *chiquero*, aproximadamente a

un paso de la *barrera* a distancias convenientes uno del otro. Con la *pica* en posición bajada, debajo del brazo y con puño de hierro dispuesto para la embestida, esperaban la apertura del portal. El pobre caballo lleva una venda en los ojos; si no, sería incapaz de efectuar la lucha desigual con el fuerte toro. Siente el cuerno que se clava en sus entrañas sin saber de donde viene esa herida mortal. Caballos jóvenes y valientes convertirían a este espectáculo en demasiado costoso. La pierna derecha del *picador* está protegida con hierro por debajo del pantalón de cuero, contra las embestidas del toro, y su pie se esconde en un ancho estribo morisco. Los *capoteros* se distribuyen como *tira-lleurs* por toda la amplia arena.

Dos *mozos* se van al *chiquero*. Un silencio total convierte por un momento la casa murmurada en ruina de iglesia desértica. Todos los ojos se dirigen a un solo punto. El portal se abre y con la cola levantada y los ojos amenazantes hacia todos lados entra a toda velocidad el bello animal. Los cuernos inmensos en punta de aguja dibujan la forma de una lira en el aire. En la cruz ondea una cinta larga de color que designa su descendencia: le fue impuesta como adorno de despedida a la salida del *chiquero*. Enfurecido se lanza al grupito colorido de los *capoteros* que se separan como palomas ante el halcón. Uno lo recibe y le atrae con su *capa* en dirección de un *picador*. Éste le ofrece el lado derecho del caballo, porque el toro siempre da su embestida con el cuerno derecho. El toro no es un *toro de sentido*, ya que no ataca al hombre sino al caballo. Pero la fuerza hercúlea del *picador* le retiene del caballo con la *pica*, cuya punta de hierro le entra en el cuello, y el caballo se ve desplazado hacia el costado por la *pica* que se dobla y por el toro que no siente el dolor, tan grande es la fuerza de su caballero. El toro abandona su propósito y se dirige a otro *picador* que, quizás, con menos fuerzas, y menos habilidad, no sabe proteger su caballo. El toro se desliza de la *pica* e introduce su cuerno profundamente en su cuer-

po. Realiza un salto desesperado y como un cúmulo horrible azulado se salen las entrañas por la herida. Debe, sin embargo, aguantar, aunque casi pisa sus entrañas. Entonces el toro recoge fuerzas y mata al pobre animal elevándolo junto a su caballero para que ambos caigan al suelo. Un aplazo furioso alaba el toro al cual el *torero*, que yace debajo del caballo muerto, parece estar expuesto por completo. Sin embargo, allí se acercan, desde todos lados, las capas voladoras de los *capoteros* y liberan al pobre de su contendiente amenazante. Éste elige uno de pies ligeros y a cada momento se teme que le alcance por completo con sus cuernos. Entonces el *capotero* le ciega con su *capa*, que lanza hábilmente, y se esconde detrás de una *barrera*, delante de la cual el toro se detiene estupefacto. Mientras tanto, el *picador* ha salido para volver enseguida sobre un nuevo caballo. Así sucede con otro caballo más, y el cuello del toro al cual se han dirigido en exclusiva las puntadas, está ya inundado de sangre. Dos caballos muertos yacen sobre la arena y una nueva señal llama a los *banderilleros*, mientras que los picadores se alejan. También ellos necesitan de los servicios de los *capoteros*, porque el toro nunca debe ser atacado, sino que tiene que ser él mismo el atacante. Teniendo en cada mano una *banderilla*, están dispuestos a cada momento para clavársela al toro entre las dos paletillas. El toro no debe ser herido en otra parte. Éste ataca a uno de los *banderilleros*, que lo espera con los brazos levantados como para sacrificarlo. El toro baja la cabeza para la embestida, pero, dado que cree que sus cuernos levantados están seguros de su adversario, éste se desliza como un pensamiento justo al lado de su cabeza y coloca al mismo tiempo por ambos lados de su cuello las *banderillas*. El toro se sacude furioso para sacarse las moscas que le pican, aumentando de esta manera solamente sus dolores. Corre, con dolores atroces y rabia por la pérdida de una victoria, hacia otro *banderillero*, que justamente por esta razón puede colocarle una de sus *banderi-*

llas. De tal manera, al toro le son colocadas poco a poco ocho de estas armas ardientes, y el pueblo inquieto y con gritos de alegría reclama por miles de gargantas al *espada*.

Entonces se lanza el toro con furia renovada sobre un *capotero* casi despreocupado. Pero no lo estaba y salta en seguida sobre la *barrera*. Sin embargo, a mí se me congeló la sangre en las venas: el toro levanta su cuerpo pesado para un salto inusual y casi al mismo tiempo está en el *callejón* al lado del *banderillero*. Un grito y un susto espantado pasa como una flecha por los que están sentados al lado. Antes de que el toro coloque su cabeza para embestir a su adversario que se fuga, éste se encuentra nuevamente en la *arena*, a la cual no le puede seguir, ya que para ello es incapaz de tomar el suficiente impulso en el estrecho *callejón*. La misma circunstancia y la pared interior aún más alta del *callejón* protegen a los espectadores. El toro corre hasta la próxima puerta que se ha abierto mientras tanto y vuelve a la arena. Los gritos que aclaman y los aplausos que no cesan recompensan y confunden al toro bravo que se enfrenta ahora al *espada*. Camina con *grandeza* como si no hubiese ningún toro en la *arena*, hasta frente al *Gobernador*, delante del cual ofrece un discurso fanfarrón sobre su proyecto y lanza a continuación, con un “¡Viva!” a la Reina, su sombrero al aire. En su izquierda la *muleta*, en su derecha el largo florete, espera en posición tranquila y digna al toro que es enviado hacia él por los *capoteros*. La *muleta* roja excita al animal para que ataque. El *espada* hace primero dos *pases de muleta*, es decir, simula las embestidas del toro con la *muleta* para conocer su carácter. Pero ahora ha llegado la última hora del toro. En el tercer impulso el *espada* coloca el florete hasta el mango entre las espaldillas del toro. Este da otra vuelta por la *arena* con el hierro en su cuerpo. La sangre le sale de la boca y nariz, se abre de piernas para mantenerse en pie y cae después de algunos instantes al suelo. Ahora se lanza el *cachetero* que lleva el nombre de su arma, de

un cuchillo, y coloca éste desde atrás en la nuca del toro que respira roncamente en su lucha con la muerte. También se llama *matador*. No merece con su victoria de bajo precio que se le dé el título de héroe principal de la empresa. Por supuesto, éste es el *espada*.

Ahora entran sin poder casi dominarles, tres mulos que sacan a galope los cadáveres del héroe vencido y de los dos caballos. Algunos sirvientes borran rápidamente las huellas de sangre en la arena y ya puede empezar una nueva lucha. El público espera con inquietud.

Entraron los indios con aspecto tan ridículo como terrible, a los cuales tenían que asistir igualmente los *capoteros* españoles. Cada uno llevaba dos *banderillas* el doble de largo, adornadas solamente en la parte superior. ¿Estaban estos atrevidos tan cansados de su vida? Pusieron a prueba su increíble habilidad en un juego arriesgadísimo de muerte casi segura o al menos de mutilaciones terribles. Yo había enmudecido de extrañeza al ver a los cinco hombres sentarse en el suelo en semicírculo frente al *chiquero*, y a una distancia aproximada de tres pasos uno del otro. Así esperaron al *toro embolado*, cuyos cuernos despuntados junto con sus cascotes sanos no eran, sin embargo, ninguna garantía para su vida. Se abrió el *chiquero* y el toro se plantó en tres saltos delante del semicírculo de los que estaban sentados en la arena. Mis ojos no fueron capaces de seguir los momentos singulares de la confusión y desenlace de un segundo de duración. El resultado fue que el toro siguió furioso con dos *banderillas* al cuello y que los hombres que recientemente acababan de rodar como un ovillo, se levantaron y se sentaron en otro sitio para hacer lo mismo. A uno sólo le quedaban dos palos de madera cortos desnudos en las manos. Había cortado las *banderillas* colocadas y ya había recibido dos nuevas. Así el toro fue erizado entre las paletas de *banderillas* y cayó luego en manos del *espada* español, que esta vez necesitó dos espadas, pues el

toro corrió por la arena con la primera espada entre las paletillas hasta que la segunda le mató definitivamente.

El siguiente *toro* perteneció a los españoles; se comportó de manera cobarde y fue silbado como un mal actor del cual se burlaron. Su aceptación de tres *picos* le salvó del *fuego*. A los toros cobardes de les enfurece mediante *banderillas* con fuegos artificiales; si con esto no se obtienen resultados, se usan perros, y entonces la multitud sangrienta grita: “¡Fuego!” o “¡Perros!”, gritos que retumban en el aire. Pero cuando un toro ha atacado tres veces a los *picadores*, sería un insulto para su *ganadería* utilizar *fuego* en contra de él.

Ahora aparecieron los portugueses en la arena. Primero eran sólo dos caballeros, uno de ellos un maestro en el arte de cabalgar. Después de saludar al *Gobernador* cruzó toda la arena saludando con la cabeza libre, bajo los aplausos y el júbilo del público. Aunque no entendía nada del arte noble de cabalgar, admiré los elegantes movimientos hacia un lado del bello animal que no dio ningún traspie en todo el inmenso círculo y no se manifestaba en ningún momento desobediente a la dirección del caballero. Con él apareció una especie de payaso. Cada uno llevaba una larga *banderilla* como la de los indios. Los *capoteros* españoles también los asistieron. Sus caballos no estaban cegados. De este modo, la lucha adquirió la preferencia de un mayor equilibrio de los luchadores. Admiré la audacia y seguridad de los luchadores. Hubiese sido fácil para los caballos volar por las *barreras* ante el toro. Para dominar a los caballos les quedaba a los caballeros sólo una mano, ya que la otra sostenía la *banderilla*. Sabían acercarse lo suficiente al toro para clavársela en la nuca y luego no tenían ningún medio para evitar sus cuernos amenazantes. Si los *capoteros* no lograban desviar de ellos la atención del toro, el caballo estaba perdido o se escapaba en una fuga desesperada por encima de la *barrera* y el *callejón*, mezclándose con los espectadores. Pero no pasó nada

parecido. El caballo noble era como la media naranja del caballero. Los movimientos de la lucha competían entre las cuatro partes implicadas: los del toro, los de los caballeros y sus caballos y los de los *capoteros* en cuanto a habilidad y seguridad. No se llegó a ningún barullo fuerte, no se oyó ningún sonido, el público mismo disfrutaba atento y casi totalmente en silencio de este espectáculo de lucha, nueva para la mayoría. El toro recibió siete u ocho *banderillas* y no pudo asestar ninguna herida a los dos caballos.

Los caballeros se alejaron y los demás portugueses entraron sin arma alguna, ni tan siquiera provistos de una *capa*. Uno tiró la chaqueta, y todos lanzaron el gorro. El primero comenzó ahora una lucha con el toro que estaba furioso a causa de las *banderillas*. La lucha era tan atrevida que dejaba detrás de sí la manera de luchar de los indios como si fuera un juego de niños. Totalmente libre atraía al toro con bromas hacía él, hasta que éste dejaba de prestar atención a los demás y le perseguía muy cerca con sus cuernos predispuestos para la embestida. Los cuernos siempre estaban apenas a la distancia de un palmo de la nuca y a cada momento temía que el atrevido se encontrase volando por los aires. Mantenía ambos brazos inclinados, de tal manera como si quisiera invitar a dos damas a su lado a darle el brazo. Miraba sin cesar por encima de sus hombros, hacia atrás, al toro, como intentando captar el momento justo. Ahora lo tiene. La audacia terrible va acompañada de un silencio mortal. El toro quiere quizás dar el golpe mortal justo en el preciso momento en que el *torero* pone su brazo derecho sobre el cuerno derecho de aquél, y con la mano izquierda coge la punta del cuerno izquierdo y se lanza de cabeza hacia la cabeza del toro, agarrándose fijamente como un hierro a los cuernos, acostado de espalda, las piernas al aire y sobre la nuca del toro. Éste quiere librarse de la carga inesperada. Tal como se sacude un pañuelo al aire, el toro sacude al atrevido de modo que ya no se puede

distinguir su cuerpo humano. Sin embargo, éste no suelta. Con fuerza gigantesca presiona con sus brazos enredados ambos cuerpos aturdiendo necesariamente el cerebro del toro, Entonces se lanzan los otros sobre él y después de algunos instantes se detiene el toro domado, mantenido solamente por los demás, en posición tiesa, y el primer *torero* baja riéndose para probar el mismo atrevimiento, otra vez con idéntica suerte. A continuación, el *espada* español termina la lucha.

Vi la muerte de otro quinto toro y ya no me dejé retener por los intentos de persuasión de mis amigos. Estaba revuelto en lo más íntimo. Repugnancia y asco, sorpresa y admiración luchaban dentro de mí para mantener su victoria. Cuando salí con el Profesor Sánchez Comendador, que había venido a visitarme al palco, al aire pesado lleno de polvo, y me mezclé con el pueblo ávido de muerte, al cual quizás únicamente le había faltado el dinero para el billete, bien hubiese podido ver al lado mío un asesinato con total indiferencia. Mi sistema nervioso estaba tan tenso como las cuerdas de un laúd embrolladas por las manos de un loco. Apenas sentía la brutalidad horrible que se expresaba en el hecho de que solamente en este momento, el caballo, al que el primer toro había abierto el cuerpo dejando colgadas hasta el suelo las vísceras, fue llevado afuera por un chico para ser eliminado en el desolladero. Era más fácil conducir al animal todavía vivo que sacar su cadáver sobre ruedas.

¿Y de qué manera se conserva —así se preguntarán mis lectores y lectoras—, teniendo en cuenta las corridas, mi opinión sobre el pueblo español? No revoco ninguna palabra y contesto con una pregunta similar. ¿Cómo se mantiene nuestra sociedad alemana tan aclamada teniendo en cuenta las crueldades cometidas con los animales? Lo cierto es que el consuelo de mis amigos en Barcelona contiene mucha verdad: ¿No es mejor que un caballo, que se ha convertido en inútil para el servicio que requiere mucho esfuerzo, muera tras media hora de tortura en la arena,

en lugar de utilizarlo en torturas diarias hasta el último resto de sus fuerzas, cosa que no ocurre en España? Más correctamente, sin embargo, se dice lo siguiente: ¿No es menos cruel? Porque no es ni una cosa ni la otra. No admito el papel de los que elogian las corridas, ni tan siquiera el de los que las defienden. Pero sí puedo entender que les guste, como puedo entender que guste fumar opio. Ambas cosas producen un cosquilleo nervioso, pero ambas embotan después de haber excitado.

El sistema reinante de gobierno nunca abolirá las corridas. Las utiliza muy bien: El *Panem et Circenses* se llama aquí *¡Pan y toros!* Fernando VII, el padre de la reina actual, decretó el cierre de las universidades y la creación de la *Escuela de Tauromaquia* de Sevilla. No lo hubiese creído si un español muy honorable no me hubiese confirmado haber leído ese decreto en la *Gaceta de Madrid*. ¿Pero por qué debía ser este hecho algo inverosímil?

Abandono este objeto y me abstengo del comentario de los puntos de vista tan interesantes como atrayentes que ofrece. Solamente agrego que es tan incomprensible como casi imposible quitar al pueblo español las *corridas* mediante una medida de fuerza. Si se consideran enfermedad moral al menos hay que admitir que son más el síntoma que la causa de dicha enfermedad. Un médico inteligente no sólo cura los síntomas. ¡El Ministro de Educación conocerá las causas de la enfermedad!»

En realidad el texto apenas si necesita exégesis. Es lo suficiente extenso y expresivo como para no tener que interferir sino puntualmente en su lectura. El viajero alemán conoce bien el país, posee gran capacidad de observación y domina el idioma con fluidez, hasta el punto de que maneja con soltura incluso los términos taurinos, que cita normalmente en español.

La estructura de su relato podemos diseccionarla en tres partes. La primera nos habla del ambiente de la ciudad y de la

afluencia del público a la Plaza de Toros, que no es otra que la primera que hubo en Barcelona, la instalada (en 1834) en el barrio setecentista y marinero de la Barceloneta, conocida como “El Torín” y más tarde como “la antigua” por oposición a las más modernas de las Arenas (1900) y la Monumental (1914-1916). El autor recuerda acertadamente que la salida de los espectadores tras la corrida del día de Sant Jaume fue la ocasión para el desencadenamiento de la revuelta urbana de 1835, cuyos

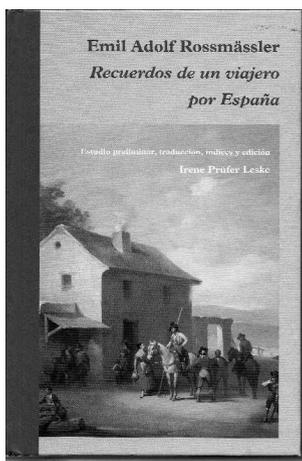


Fig. n.º 6.- Cubierta del libro *Recuerdos de un viajero por España*, de Emil Adolf Rossmässler, 2010, Editorial Polifemo.

incidentes movieron a las autoridades a clausurar durante quince años el coso, que por tanto hacía sólo relativamente poco que había vuelto a abrir sus puertas. Antes había descrito la llegada de los aficionados de los pueblos (tocados algunos con el sombrero calañés), la compra de los billetes en una de las taquillas del Liceo, el anuncio del festejo a base de grandes cartelones ilustrados con imágenes (con expresión del contenido del espec-

táculo, del número de los toros y del nombre de los espadas), permitiéndose hasta una consideración sobre los precios, que le parecen demasiado elevados y convierten a sus ojos la corrida en «una diversión muy cara».

La segunda parte es la descripción del festejo propiamente dicho. Tampoco en este caso hay apenas nada que añadir, salvo que se trata de una de los más precisos y jugosos cuadros de una corrida romántica que se puede leer entre los muchos escritos por españoles y por extranjeros. Por un lado, la ceremonia ha alcanzado ya un alto grado de regularidad en su ritualización, pero, por otro, nos encontramos con muchos rasgos de esta primera época de la normativización de la fiesta, que todavía podemos calificar de espectáculo mixto con rasgos que hoy consideramos arcaicos en relación con la práctica impuesta en la segunda mitad del siglo XX. Mencionemos sólo la coexistencia de tres tipos de lidia: la protagonizada por los matadores españoles (que culminará en la corrida actual), la encomendada a los toreros portugueses (que se prolongará en el rejoneo de hoy, aunque también tiene aspectos de rodeo con un toro al que hay que coger por los cuernos y que se pone a disposición del espada español para que lo sacrifique) y, finalmente, la burlesca, a cargo de los “indios” de increíbles nombres y descabelladas procedencias: “Bautista el terrorífico de Jerusalén, Campos el Fuerte, súbdito del Rey del Congo, Benedicto el valiente de Brasil, Caneco el arrogante, el hindú bravo, Francisco Tiburcio León, súbdito del rey de Julán y Caporal bravo de los indios Braganza Espumas». Y, entre las prácticas que el tiempo terminará por abolir, encontramos el uso de las banderillas de fuego y de los perros para azuzar a los toros juzgados mansos, el trabajo de los cacheteros frente a los puntilleros y la utilización por parte de los picadores de caballos desprotegidos, sin duda el mayor escándalo de los ruedos y el principal argumento de la opinión antitaurina hasta fechas recientes.

La tercera y última sección se dedica al juicio que le merece al naturalista alemán la corrida que acaba de presenciar, aunque se haya salido de ella a la muerte del quinto toro. En su espíritu se mezclan muchos sentimientos encontrados: «repugnancia y asco, sorpresa y admiración». Considera que la avidez de muerte que ha observado predispone a la indiferencia ante el asesinato, aunque, en descargo de los españoles, alega que tampoco está exento de crueldad el trato dispensado a los animales en Alemania. Finalmente, tras negarse a admitir «el papel de los que elogian las corridas, ni tan siquiera el de los que las defienden», aunque pueda comprender que gusten a algunos (al modo como comprende a los fumadores de opio, añade), termina exponiendo la panoplia de los argumentos tradicionales contra los toros (pese a que sabe que es imposible la erradicación a la fiesta, el “hechizo de los españoles”, como recientemente ha sido calificada por Jesús María García Añoveros en un estudio ejemplar): los toros son el equivalente del circo en el mundo romano (el “*Panem et Circenses* se llama aquí *¡Pan y toros!*”, como ya había señalado en su día León de Arroyal), existe una radical incompatibilidad entre los toros y la cultura («Fernando VII, el padre de la reina actual, decretó el cierre de las universidades y la creación de la *Escuela de Tauromaquia* de Sevilla»), los toros son quizás el síntoma de una enfermedad moral que aqueja a los españoles y cuyas causas debe conocer (¿y tal vez atajar?) el Ministro de Educación.

